

Madrid, enero de 1965.

Queridos amigos:

IBA a eludir lo convenido y dirigirme a "mi estimado doctor Sbarra", pero me tiento la esperanza de que esta comunicación alcance la realidad que invoca: quizá amigos míos lean estas noticias de mi estadía en Madrid y las confirmen en su destino; si eso ocurre, mi *carta de becario* habrá evitado el riesgo de ser literatura (discurso entre un hablante imaginario y un oyente ficticio).

Escribir esta carta me coloca en el extremo de la comunicación en el que aquí y ahora significan Madrid en los primeros días de mil novecientos sesenta y cinco. En este ahora que pronto será entonces, ya no puedo sentirme becario ni en España. Escribo desde el tiempo o tierra de nadie que es la situación de quien se prepara a viajar. Se me sobreponen las imágenes de Madrid y La Plata, de los amigos de aquí y los de allá, de los reencuentros y las despedidas. Un año y medio es tiempo bastante para afirmar afectos y hábitos de vida (dos navidades, un cumpleaños, quince meses en la Residencia de Relaciones Culturales). Pero la ausencia tiene una extensión distinta, aunque medidos por fuera sean idénticos el tiempo de estar aquí y el de faltar allá.

Aquí, la residencia en la que vivo, en la que he vivido, es el número cuatro de la calle Granja, Colonia del Metropolitano, barrio de casas entre parques, que fue de artistas (Aleixandre vive aquí toda-

vía), hoy poblado de residencias estudiantiles. Más de un mes demoró mi entrada en esta casa, por el temor de verme sujeto a disciplinas estrechas; me equivocaba: no hay aquí otra regimentación que la normal de los horarios de comida. Por lo demás, el costo se acomoda al presupuesto de un becario, le asegura un rendimiento mayor y una estabilidad tranquilizadora. Y lo mismo ocurre con el tiempo, mejor aprovechable cuando se come y duerme en el lugar donde se estudia. La disciplina necesaria se la impone uno mismo: la de ponerle límites a la cordialidad propia y ajena, de modo que respete los horarios de trabajo. En la habitación número trece instauramos un régimen de visita que nos permitía ganar y seleccionar amigos en un ámbito de mayor intimidad que el del comedor común: algunas piezas de cerámica de Granada alternaban las funciones de decorar y de servir café o vino en horas estrictamente medidas.

Vivimos (es confortante la ambigüedad verbal que confunde pretérito y presente) entre un centenar de estudiantes, graduados universitarios casi todos. La mayor parte de los residentes españoles se hallan vinculados a la Escuela de Diplomacia (han entrado a la Escuela o se preparan para ingresar en ella mediante minuciosas y arduas oposiciones); está previsto que estos futuros diplomáticos convivan con los extranjeros becados por el Ministerio de Relaciones Exteriores. Por excepción —*cuña* diríamos allá, aquí *enchufe*— se admiten otros pensionistas;

CARTAS DE BECARIOS

“los argentinos de la trece”, de Souza y yo, becarios de Cultura Hispánica, ingresamos en la Residencia por mediación de nuestro director de tesis. Los extranjeros proceden (¿debo escribir *procedemos?*) de todas partes del mundo. Babel inversa, en nuestra torre, sitio de cordialidad universal, son atractivas las diferencias lingüísticas, y, a la vez, se procura la unificación de las lenguas. (Algunos orientales —el turco, el paquistanó— son los menos propensos a convenir hacia esa unidad; tal escasa disposición a aprender el español resulta especialmente llamativa en el filipino). Nuestro primer interlocutor fue un libanés cuya habla evidenciaba procedencia mejicana; hijo de libaneses, había vivido hasta los siete años en Aguascalientes; pude endilgarle el increíble gentilicio de hidrocálido.

Quisiera hablar de cada uno de nuestros amigos de la Residencia, pero el espacio y el carácter de esta carta sofocan la efusividad. Los más antiguos son el libanés, un belga y un noruego; los más recientes, un francés y un alemán. Entre medias trabamos amistades con algunos hispanoamericanos, con un turco, un austríaco, un paquistanó, un sueco, un congoleño, dos norteamericanos (padre e hijo), un filipino, un australiano, un etíope. Y, por supuesto, fundamos entrenables amistades españolas (diré que incluyen un gallego, un catalán, un aragonés, un vasco, andaluces...). En esta casa ocurre que se nos identifique (y nos identifiquemos) con nuestras nacionalidades (lo que acarrea privilegios y deberes, como la nobleza cuando obliga). Así ahora evoco a mis amigos por sus patrias (y refreno el impulso de alistarlos en una nómina, inexpresiva para ustedes y quizá incompleta para mí y para ellos). Hubiese querido hablar de todos, de cada uno de ellos, compartirlos con ustedes, anular el espacio que provoca la distinción *ellos y ustedes, unos y otros*; el es-

pacio que me separa de unos y va a separarme de los otros. En la medida de esta carta no caben tales perfecciones; caben no más que estas alusiones, defectuosas en intensidad y en extensión.

Acaso deban agregárseles algunas generalizaciones riesgosas, de esas que acuden inexorablemente a lugar común. Puedo decir, por ejemplo: a europeos y norteamericanos les sorprende nuestro conocimiento de la actividad cultural de sus países (nuestro esfuerzo argentino de ser culturalmente cosmopolitas), que contrasta con sus respectivas limitaciones nacionales. Y acaso deba reconocer que ese esforzado universalismo exhibe lamentables flaquezas en fallas de nuestra vinculación espiritual e intelectual con el resto de América hispánica.

Naturalmente, desde que se cruza el Atlántico se codicia y atesora toda experiencia europea; de mí puedo decir que las vejezes eran las novedades que más me importaba conocer (o, en cierta medida, reconocer). Durante meses, corto de tiempo y de dinero, mi descubrimiento del viejo mundo traza un perseverante itinerario: el vericuetto laberinto del Madrid antiguo, por cuyas calles iba al encuentro, cada vez mejor previsto, de la Plaza Mayor, de la Torre de los Lujanes y la casa de Cisneros, del convento en el que profesó la hija de Lope, de la iglesia que bautizó a Ercilla, de la Plaza de la Paja... Mi itinerario culminaba sobre tejados viejos de tres siglos, en el Viaducto, ante un atardecer citador y citado.

Mis andanzas gratuitas accedían a algunos interiores: el de la capilla del Obispo, propiedad de la duquesa de Alba, a quien le vino por los Vargas (allí están, sepultados y esculpidos en alabastro blando, el Obispo y también el Tesorero, el de “averígüelo...”); accedían a casa de Lope de Vega (de entre las casas históricas de Europa, dicen que la más concienzudamente restaurada); al Museo

Romántico, color de tiempo y lugar para conciertos de resonancia íntima, en cuya limitada inclusividad fui admitido por mediación de preciosos auspicios que ampararon mis más elegidas andanzas madrileñas. Aunque obvias, no puede omitir esta enumeración mis visitas al Museo del Prado (gratuitas para los becarios de Cultura Hispánica); no incurriré en la ingenuidad de destacar mis admiraciones prevenidas (es probable que todas lo sean) y las recién llegadas (tímidas al principio, petulantes después). Debiera acoger en este párrafo los actos culturales a que asistí en la Cámara de Comercio, en la Asociación de Mujeres Universitarias, en el Instituto de Cultura Hispánica, en el Ateneo, en la Facultad de Filosofía. Apuntaré una flaca y azarosa recordación; la dimensión de los actuaciones no me deja lugar a comentarlos: un recital de Dámaso Alonso prologado por Bousoño; uno de Gloria Fuertes; un ciclo de conferencias de Zubiri en torno al bien y el mal; una conferencia de Lapesa sobre la lengua española en el siglo XVIII; una de Straka sobre el orden cronológico de los cambios fonéticos; una de Ferrater Mora sobre idealismo y realismo; una de Avalle-Arce sobre Cervantes; un ciclo de debates entre autores, directores, actores (y público) sobre el estado actual del teatro español. Informa poco la sola mención, que ni siquiera es exhaustiva: queda como una agenda de comentarios por hacer.

Hice también, por supuesto, experiencias menos académicas. Cuando empecé a recibir los sueldos de mis cátedras argentinas, fui iniciado en el rito iterativo de los chatos y los pinchos morunos por las tascas de la calle Echegaray; se me abrieron las Cuevas de Sésamo, historias de versos y pinturas rupestres, *cave* de algunos artistas e intelectuales inéditos; a los ya promovidos pude verlos (y oírlos, se los oye necesariamente, sonoras las

voces y propincuas las mesas) en las tertulias del café Gijón, no más nocturnas que hasta las dos de la mañana por decisión ajena al ánimo de sus fieles parroquianos. Pude, en fin, consentirme la tentación de los teatros y de los clubes nocturnos. Y aun proveerme por vajilla de mi habitación la cerámica aquella de Granada en que alternaron el café y los vinos de buena compañía.

Este fue entonces, y hasta hoy ha sido, mi Madrid de los ratos libres. Si se hace extenso en esta carta es por el sitio que ocupa en la memoria, porque lo viví alegre y debo recordarlo nostálgico. Pero el tema debido es el de mis horas ocupadas, tantas más que las otras desde los días de mi llegada a España.

Llegué a Madrid en setiembre del sesenta y tres, cuando empezaban las clases en la Universidad. Mis cursos de estudiante madrileño comenzaron cuando estaban próximos a acabar los que yo había dictado en Buenos Aires; aquí era otoño cuando allá se anunciaba la primavera. (Desde entonces me desorientan en el tiempo los trastornados términos normales de referencia: estaciones, períodos lectivos, fiestas de fin de año). De inmediato me matriculé para cursar Historia de la Lengua, Dialectología hispánica, Introducción a la Fonética y Sociología de la comunicación; inscribí en la Universidad el tema de mi tesis doctoral; inicié el trámite de convalidación de estudios, exigido por no existir acuerdo cultural que confiera validez en España al título de profesor universitario argentino. Todo esto hice con la mediación y asesoramiento del Instituto de Cultura Hispánica, del que he sido becario.

Me es difícil sentir afecto a las Instituciones: son demasiado abstractas para objeto de cariño. Sin embargo, puede ocurrirme que identifique un establecimiento con algunos de sus funcionarios; tal asimilación ofrece entonces una segu-

CARTAS DE BECARIOS

ra e intensa oportunidad de adhesión sentimental. Para mí, el Instituto de Cultura Hispánica es, por ejemplo, Laura Fernández del Amo, María Luisa Robles. También Raúl Chavarri. En Laura se hallan la mirada y la sonrisa que compensan cualquier contratiempo, disipan todo pesimismo y empujan ambiciones desde los primeros días, porque ella ofrece la acogida inicial y el oportuno aliento para seguir adelante. La aprobación de María Luisa, la conquista de su confianza, inspiran autoestima, seguridad de que se está en lo cierto, en lo bueno, en lo valioso. Con Chavarri se puede medir armas de ingenio y quedar satisfecho aun en las ocasiones en que se salga derrotado. Decir mi afecto, mi gratitud hacia ellos, es mi manera de manifestar mi adhesión al Instituto de Cultura Hispánica de Madrid.

Mi beca tuvo origen y sentido en el auspicio de Lapesa para traer aquí a los discípulos de Hernando Balmori, a de Souza y a mí. Me es imprescindible reunir a ambos maestros en una misma puntualización de agradecimiento. No sé si el enunciado es vanidoso (encierra orgullo, creo; no, vanidad) ni si puede concitar censores; escribo a *mis amigos*, al escribir mi carta de becario he invocado y evocado a esos destinatarios. A ellos les recuerdo lo que saben: que la llegada de Lapesa a nuestra Universidad platenense y el espíritu que él percibió entonces en el Instituto de Filología decidieron nuestro viaje (una y otra circunstancias auspicias provinieron, como es notorio, de Clemente Hernando Balmori). Lo todavía por decir (que no sabré decirlo) es la minuciosa vigilancia intelectual y generosidad ilimitada con que Lapesa ha amparado cotidianamente nuestro destino en España. Quizá se entienda, por ejemplo, con mirar las correcciones y ampliaciones magistrales a mis escritos (pero éste es un beneficio que he compartido

con todos los alumnos de sus cátedras); tal vez, con la mención de quienes conocí en su casa, visitada por ilustres intelectuales españoles y extranjeros (y éste es, en verdad, un privilegio menos compartido). No sé decirlo de otra manera y no puedo renunciar a ésta, aunque en ella se me confundan la gratitud y el orgullo.

Así auspiciados hemos venido aquí con la intención de doctorarnos dirigidos por Rafael Lapesa. Debo advertir que, entre los títulos entonces posibles, el "diploma de doctor" y el "título de doctor", optamos por aspirar al último, porque si bien el *diploma* se obtenía con la satisfacción de menos requisitos que los exigidos para alcanzar el *título*, éste provee en cambio la ventaja y el prestigio de colocar a quien lo obtiene en paridad con los doctores españoles: sólo el *título* habilita para la docencia en España. Entre los requisitos exigidos a quien aspira al título de doctor, la ausencia de convenio cultural acarrea la necesidad de que el futuro doctorando peticione dictamen sobre la equivalencia de los estudios que cursó en su país con los que aquí se cursan. El Ministerio español le exige la presentación de los programas (debidamente legalizados) de cada una de las materias correspondientes al plan de estudios cursados por él, a cuya vista dictamina cuáles del plan de estudios español no tienen equivalentes en éste. Estas materias deberán ser aprobadas en España como requisito previo a la presentación de la *tesis de licenciatura* (tesis menor, vulgarmente llamada *tesina*), la cual precede a la presentación y defensa de la tesis doctoral. Lo oneroso, lento y difícil (a veces infructuoso) que resulta obtener desde Madrid los programas necesarios pueden imaginarlo ustedes, mis amigos argentinos. Fue así que quedó trunca mi gestión de reválida. Cuando ésta se complete, conoceré en cuáles materias debo exami-

ITINERARIO AMERICANO

name aquí, cuando vuelva. (Existe un único precedente de argentino próximo a obtener el título de doctor matritense, que es el de Luisa López Grigera. Esta egresada de la Universidad de Buenos Aires se ha examinado en algunas materias de la licenciatura española y defendido con éxito sobresaliente su tesina. Como conozco la opinión que merece de sus profesores españoles, me es fácil profetizar que alcanzará pronto el doctorado con su tesis sobre Quevedo, cuya elaboración ha interesado ya a la Real Academia Española. Su doctorado compensará el esfuerzo de más de tres años de trabajos realizados aquí, adonde vino por su cuenta y donde conquistó por sola gravitación de sus méritos el apoyo de profesores como Lapesa, Dámaso Alonso, Blecua, y el del Instituto de Cultura Hispánica). Por mi parte, no me es posible continuar en España, a pesar del estímulo de apoyos generosos: termina el plazo de mis licencias argentinas, y debo a mi Instituto del Profesorado la retribución de ofrecerle lo que aquí he adquirido. Llevo las ganancias de cuatro cursos valiosos, de una intensa experiencia europea y de las investigaciones preliminares de mi tesis tan alta y detalladamente dirigidas.

Si esta carta se prolonga, excederá los límites previstos. No quisiera acabarla sin mencionar mis últimas actividades aquí, que se vinculan estrechamente con ustedes. El doctor López Aranguren, con quien cursé Sociología de la comunicación, nos pidió, a de Souza y a mí, que ocupáramos una clase de su Seminario

de este año, para informar a sus alumnos sobre la Universidad argentina. Quienes me conocen de muy cerca (ustedes, mis amigos), comprenderán con qué agudizado sentido de responsabilidad acepté esa invitación honrosa. No podía silenciar las que considero fallas del desarrollo histórico de la Reforma; menos aún podía desatender los méritos, los realizados y los que han permanecido potenciales. Creo que he sido justo y que, si en algún aspecto de mi juicio (activamente dialogado con los estudiantes españoles) atemperé algún reparo o vivifiqué una adhesión, fue en respeto de las buenas esperanzas que percibía en esa gente joven orientada por un maestro probo.

Y es verdad que esta carta es excesiva en más de un sentido. Me ocupó el tiempo libre de varios días y se aproxima cada vez más el de mi viaje (no quiero decir *viaje de vuelta*: me es necesaria la esperanza de que habrá vueltas en ambas direcciones). Desde aquí veo gente nueva en la terraza de la Residencia. Alguien sube, pesado de valijas, las escaleras de nuestro pabellón. De la ventana de la habitación número trece, por entre las ramas ya desnudas de un chopo, se divisan las sierras. De aquí a la que fue mi Facultad puede irse andando entre jardines y pinares ahora con nieve. Quizá esta noche todavía, el voluntario anacronismo de faroles a gas ilumine otra vez la estudiantina de los tunos (golas, jubones, calzas), música que ronda a las muchachas.

Hasta pronto.

Carlos Albarracín Sarmiento